

Elena Roldán García (2018). *Un relato singular: M^a Paz García del Valle, de San Esteban de Gormaz a Harvard: una trayectoria por la Residencia de Señoritas, el Instituto-Escuela y el Instituto Nacional de Física y Química*. Oviedo: Sapere Aude.

El subtítulo del libro describe certeramente el relato singular de una de las “pioneras del siglo XX”, parte de las mujeres que en los inicios del siglo pudieron ensanchar sus horizontes, acceder a la enseñanza superior y forjar sus propias carreras. Y la autora lo hace hilvanando el relato de la vida de su propia madre, M^a Paz García del Valle, a través de la correspondencia que mantuvo con su madre, Filomena del Valle, desde 1918, año en que se incorpora al internado de la Residencia de Señoritas, hasta 1934. Componen este epistolario unas 250 cartas procedentes del archivo familiar, así como de otros archivos: de la propia Residencia de Señoritas, de otras fundaciones, de la Universidad Complutense, del Archivo Histórico Nacional o de la Schlesinger Library de Harvard, entre otros, en los que la autora ha realizado una exhaustiva revisión bibliográfica. Se incluyen, además, en el libro cartas autógrafas y escritas a máquina, documentos y fotografías.

Con gran acierto, Elena Roldán esboza un vivo retrato de la trayectoria vital de María Paz a partir de las cartas que cruza con su madre y de la correspondencia de ésta con la directora de la Residencia, María de Maeztu. A través de ellas, reconocemos la fuerza de estas dos mujeres, puntales en la formación de la protagonista, “unas mujeres con gran personalidad y una apertura intelectual y social que permiten reflexionar sobre el papel que han desempeñado algunas mujeres en esa época”.

Desde las primeras cartas, en las que Filomena solicita plaza para su hija en la Residencia, se muestra la fuerza de esta mujer, “instigadora – según Elena Roldán, su nieta- de un proyecto innovador para sus hijas e hijos”, que decide enviar a su primogénita a Madrid desde San Esteban de Gormaz, Soria, en 1918, con tan solo diez años, al internado de la Residencia de Señoritas para incorporarse a un grupo de diez niñas que iniciarían ese año la experiencia conocida como “Grupo de Niñas” y sus estudios en el Instituto-Escuela. Es inolvidable el carácter que las cartas permiten reconocer en ella, una mujer extraordinaria que había estudiado Magisterio en Pamplona, determinada a proporcionar a sus cinco hijos, sin distinción de sexo, la educación abierta e innovadora que representaba el Instituto-Escuela, un proyecto pedagógico para la etapa de 8-17 años que en ese mismo año de 1918 crea la Junta de Ampliación de Estudios (JAE) para trasladar los principios de la Institución Libre de Enseñanza (ILE) a la educación secundaria: laicidad, coeducación, metodologías activas, deportes, actividades al aire libre, viajes e intercambios internacionales. Su carteo con la directora de la Residencia muestra muy atinadas reflexiones acerca del proyecto pedagógico, su interés por la salud y el ejercicio físico, aspectos del movimiento higienista incorporados a esta pedagogía innovadora, su afán por impulsar el aprendizaje de idiomas o por seguir estrechamente su formación, aun mostrando

sus propias contradicciones, reconocidas en un admirable gesto de honestidad a la directora cuando le confiesa “Carta que recibo hoy de Mari me pone de relieve la contradicción que personifico, entre las ansias de modernidad y los viejos prejuicios españoles... indudablemente dada la orientación que lleva en sus estudios habré de acostumbrarme a que ande sola por el mundo”.

La otra figura que emerge con fuerza en el libro es la de María de Maeztu, directora de la Residencia desde sus comienzos, cuya creación en 1915 supuso un hito en el proyecto de renovación inspirado por la ILE, al extender la experiencia de la Residencia de Estudiantes, fundada cinco años antes exclusivamente para hombres, a las mujeres.

La Residencia de Señoritas acogía mujeres universitarias o aspirantes al ingreso en Facultades o Escuelas Superiores, así como “a aquellas que deseen ampliar su cultura o hacer estudios privadamente sin buscar el reconocimiento oficial”. Para comprender su importancia, baste indicar que en esas primeras décadas del siglo XX en las universidades españolas el número de alumnas no llegaba a 30. María de Maeztu quiso que la Residencia fuese una institución avanzada con alta exigencia intelectual, pero con un régimen interno basado en la cercanía, atención personalizada, responsabilidad, disciplina y compromiso, “una casa de muchachas aplicadas al estudio”.

A partir de los comentarios de María Paz en sus cartas, así como en las que cruzan Filomena y María, nos enfrentamos al retrato de una mujer que dirige con criterio firme y austero la Residencia. María de Maeztu, no puede olvidarse, es uno de los referentes en la lucha por el acceso a la educación de las mujeres en España. Durante sus años como directora de la Residencia contribuyó a la creación y difusión de redes internacionales femeninas, como la Federación Internacional de mujeres universitarias, en cuya primera conferencia, Londres 1920, participó. En 1919 había pronunciado conferencias en varias universidades norteamericanas y recibió el título de doctora *honoris causa* por el Smith College, protagonizando un viaje con gran repercusión en la Residencia, y del que María Paz habla con admiración a su madre: “creo sabrás que Doña María de Maeztu se ha ido a América”.

Desde la incorporación de la niña con diez años al internado, la autora sigue su etapa de formación, en la que describe con ingenuidad a su madre múltiples actividades acordes con la filosofía imperante en la institución: relación con la naturaleza, visitas a museos, teatro, cines, excursiones por la ciudad y la sierra de Madrid, clases de francés, inglés o música, aunque muestra también su tristeza por la separación de su familia, “estos días los paso muy triste pero me consuelo porque comprendo que tengo que estar para estudiar, si no sería un borrego”.

Sus años de estancia en la Residencia y el Instituto-Escuela, muestran su progresiva maduración intelectual y emocional y resaltan la importancia de estas instituciones, más allá del ámbito académico, como instrumento para “tejer las relaciones sociales que constituyeron unas redes de apoyo e intercambio intelectual”, clave en el establecimiento de relaciones internacionales, científicas y profesionales, especialmente importantes para las mujeres. Desfilan por el libro personajes como Miss Sweeney, profesora de gimnasia e inglés, pues en la Residencia se impartían por nativas clases de lenguas inglesa, francesa y alemana. Fue fundamental en ello el apoyo del International Institute for Girls, conocido como Instituto International, institución norteamericana afincada en Madrid desde principios del siglo XX, cuya fundadora estaba ligada a grupos feministas estadounidenses, con

importante red de relaciones en EEUU. El Instituto aportó a la Residencia edificios y profesorado, y facilitó becas de intercambio con diferentes *colleges* femeninos norteamericanos. La Residencia acogía a alumnas extranjeras que estudiaban español o a las que venían de colleges americanos becadas por la JAE, que, además, becó a españolas para que ampliaran sus estudios en el extranjero, como ocurrió en el caso de María Paz.

En 1925 inicia sus estudios en Ciencias Químicas en la Universidad Central y abandona la Residencia para trasladarse a un piso con sus hermanos. En esta etapa resulta sorprendente cómo con solo 21 años, en 1929, realiza un intercambio de 6 meses en Alemania organizado por la JAE. Viaja sola, una aventura inusual para una chica de la época. Este delicioso capítulo, lleno de anécdotas, nos deja entrever con qué dificultades se movían las muchachas. Baste recordar cómo en el tren a Vigo, un trayecto de 18 horas, un policía le pide el permiso paterno, que no tiene, y se ve obligada a dejar el pasaporte en prenda hasta su llegada, o cómo, tras alojarse sola en el hotel, dice en una carta “estoy contenta, solo que a la hora de la comida me molesta como me miran todos como a un bicho raro”. Durante estos 6 meses perfecciona el alemán, realiza prácticas en una empresa, y nos regala divertidas reflexiones acerca de las costumbres germanas, su asombro por la libertad de las señoras para ir sin sombrero y su facilidad para asimilar novedades, como el uso del maillot en la playa.

En 1930 inicia su carrera profesional, perfecciona el alemán e inglés - ya dominaba el francés -, y en tan solo dos años se forma en el Instituto Escuela para magisterio secundario. Entra como maestra de Física y Química en el propio Instituto y se incorpora al Instituto Nacional de Física y Química como investigadora.

Gracias a las becas de la Asociación americana de mujeres universitarias, tan relevantes para la movilidad de las españolas, en 1932 el Radcliffe College, sección femenina de la Universidad de Harvard, le concede una beca de investigación en EEUU para realizar estudios de Espectroscopia, cubriendo la matrícula, el alojamiento y la manutención. Fue decisivo para su elección su conocimiento del francés, alemán e inglés, adquirido en la Residencia y en sus estancias en el extranjero. Con el apoyo económico de la JAE, asimilada a la categoría de pensionada, y pese a las estrecheces pecuniarias que refleja en sus cartas, pudo hacer el costoso viaje en barco y sufragar los gastos durante su estancia de un curso académico en este prestigioso laboratorio, complementando sus ingresos con clases de español.

El epistolario termina en 1934. La guerra civil truncó sus expectativas profesionales, como las de otras mujeres que formaron también parte de las élites intelectuales y sociales femeninas de la sociedad liberal-burguesa de la época forjadas en la Residencia de Señoritas.

Libros como el de Elena Roldán rescatan del olvido a este grupo, que, por razones obvias, asociadas a la tradicional invisibilización de la presencia femenina, no ha sido estudiado en la misma medida que el grupo masculino, a pesar de que sin ellas no se entiende la lucha por una redefinición del rol tradicional asociado a su género en estas primeras décadas del siglo XX. Pretende, y vaya si lo consigue, ser “un recuerdo y a la vez un homenaje a mi madre M^a Paz García del Valle, como representante de las mujeres de una época que abrieron nuevos caminos y nos facilitaron reemprenderlos a las siguientes generaciones”.

No sería justo obviar en esta reseña la contribución de la autora a poner en valor los epistolarios privados como fuente documental imprescindible, en un momento “en que el valor social de lo cotidiano toma cuerpo y se reconoce como elemento

esencial de reconstrucción de nuestra propia historia”. En este hermoso libro, las vivencias personales adquieren una nueva dimensión, en la que lo privado se convierte en una potente herramienta para interpretar el contexto social y el clima cultural de las vidas de tantas mujeres ignoradas.

Para finalizar, el triste epílogo, en palabras de Elena Roldán:

“¿Qué ocurrió con sus proyectos profesionales de futuro? La tragedia de la guerra civil los interrumpió y frustró su posible trayectoria profesional. La publicación de estas cartas es un reconocimiento a ambas, ...sus vidas son un reflejo de las mujeres de vanguardia del primer cuarto del siglo XX. Un siglo después, sigue sorprendiendo su iniciativa y atrevimiento a explorar nuevas oportunidades y horizontes desconocidos”.

Fueron, en definitiva, las pioneras del Siglo XX.

Rosa María Cano Mercado
Servicio de inspección técnica educativa,
Dirección de Área Territorial (DAT) Madrid Sur
rcanomercado@gmail.com